

nismo; la introducción de su obra comienza con un paralelo entre la medicina y la economía política, entre las enfermedades y las crisis. Advierte que la medicina es la ciencia de la salud, antes que la ciencia de la enfermedad; de igual manera la economía política no es solamente la ciencia de la riqueza, sino también la ciencia de la pobreza: dos situaciones opuestas que tienen causas correlativas, como las tienen la salud y la enfermedad en el cuerpo humano. Las palabras "crisis", "remedio", "contracción", "revolución", "plétora", son términos de medicina, "usados en la economía en virtud de la analogía entre el cuerpo social y el cuerpo humano". Como se ve, en el pensamiento del autor, aparecen combinadas las corrientes económicas y las corrientes biológicas, originadas en Adam Smith y en Herbert Spencer, siendo muy digna de mencionarse la circunstancia de que en esa época nadie había procurado coordinar la sociología económica con la sociología biológica, coordinación que él presintió de manera clara y terminante.

Comparando la situación de estos países con los más evolucionados de Europa, considera que la economía de Sud América es la ciencia que estudia la pobreza, mientras allá es la que estudia la riqueza; América necesita salir de su estado de pobreza, mientras Europa necesita conservar y aumentar su riqueza adquirida. Su tesis—de apariencia paradójica—es que la América del Sud está ocupada por pueblos pobres que habitan un suelo rico, al revés de la Europa, que, en su mayor parte, está ocupada por pueblos ricos que habitan un suelo pobre.

La pobreza en Sud América no es una crisis. Es un hecho secular, encarnado en usos que viven y gobiernan su vida actual, no obstante estar condenados a modificarse. La primera dificultad de Sud América, para escapar de la pobreza, es que los sudamericanos ignoran su condición económica. Con la persuasión de que es rica, América vive pobre, porque toma por riqueza lo que no es sino remota posibilidad de producirla. Los pueblos de América,—dice,—nos creemos ricos y gastamos como ricos lo ajeno y lo nuestro, sólo porque tenemos vastos territorios, propicios para ser trabajados por el hombre y producir riquezas.

No se advierte un hecho muy sencillo: la riqueza es posible, pero no es actual. No está producida aún por el trabajo humano, único factor que puede producirla. El suelo es un simple instrumento de riqueza en manos del hombre que es su productor inmediato, mediante el trabajo y el ahorro que la engendran y acumulan. De allí que las ideas económicas sean, ante todo, ideas morales, determinando la conducta de los hombres y de las sociedades.

La pobreza de América tiene dos causas naturales: la ausencia de trabajo, por la ociosidad u otra causa accidental, y la disipación de los productos del trabajo, por vicio o por error. De allí la necesidad de reemplazar la moral española, que repudia el trabajo, por otra moral que lo ponga como base de todo respeto y dignidad de los individuos y de las naciones.

\*

Las crisis de América están vinculadas a la situación económica del mundo entero, que sobre ella repercute. Estudiar esas enfermedades de las naciones, no implica hallarles tal remedio que no puedan repetirse, sino estar prevenidos para que su daño sea menor y más fácilmente reparable. No se estudia medicina para que no haya más enfermedades, sino para conocerlas cuando vengan y saber de qué manera se las combatirá mejor. Por de pronto es útil conocer sus manifestaciones más frecuentes: "consiste, la crisis económica, en un empobrecimiento general en que cae todo el país, que destruye una gran parte de su capital por errores de su conducta, oficial o privada, de cuyo estado de cosas son elementos concomitantes y característicos: la paralización del tráfico y del trabajo industrial; la disminución de las importaciones y de las exportaciones, y mengua consiguiente de las entradas de aduana; la contracción del crédito; la merma del tesoro; la baja de los fondos públicos; la depresión de todos los valores; la escasez del dinero; la ausencia total del oro y de la plata; la baja de los salarios; la reemigración de los trabajadores; la disminución de la población; las quiebras; los procesos; los escándalos; la relajación de las costumbres; las pestes; la revolución o la guerra extranjera como medio de precipitar la crisis y eludir los compromisos contraídos". Estas palabras, escritas en vista de la crisis de 1874, tienen sabor actual, cuarenta años después.

Se pregunta Alberdi: ¿En qué parte la crisis es peculiar y propia del país? ¿Cuál es la condición morbosa que ha ayudado a la acción de la crisis general en el Plata? El interés de ese estudio viene de que las crisis han de renovarse, durante siglos, con la misma frecuencia e intensidad, si la política argentina no hace de ellas su preocupación predilecta, para conocerlas a fondo y atenuarlas lenta y gradualmente. Ese es el profundo sentido moral de la política económica que los malos gobiernos ignoran por sistema: "Ha de ser preciso hacer con las causas morales de su pobreza endémica lo que se ha hecho para alejar las epidemias: un trabajo de salubricación moral de la República Argentina".

Después de exponer sus ideas generales sobre las causas comunes de la crisis—bajo la influencia visible de Stuart Mill, Adam Smith y J. B. Say—se detiene especialmente en el estudio de las sudamericanas. Es imposible compendiar sus ideas, que son de un sintetismo y de una precisión absolutas; hay que leerlo. Debiera ser obligatoria su lectura para todos los hombres que tienen alguna intervención en el manejo de los asuntos públicos.

El análisis de las *causas históricas de origen colonial* es perspicaz. Para juzgarlo basta leer el primer párrafo, que vale por todo un libro. “La América antes española es pobre desde su origen y por motivo de su origen, que debió a una nación pobre ella misma cuando la descubrió y conquistó, a causa de una “guerra santa” de ocho siglos en que olvidó o aprendió a ignorar el trabajo, que es la sola fuente de la riqueza, así como su ausencia es la sola causa de pobreza”. España conquistó y pobló a la América por haberla descubierto, no porque necesitase disminuir su población propia, pequeña respecto de su suelo, sobrado grande para su población. “La conquistó para la gloria de su corona y para el ensanche de su fe católica, librándola de infieles y paganos; no para la industria, ni el comercio, ni para el bienestar de su propio pueblo. Si el amor del oro ayudó a la conquista, ese motivo solo determinó a la turba de ociosos aventureros empobrecidos por la “guerra santa” contra los moros” (1). Fuerza es detenerse, para no copiar todo el capítulo. Alberdi examina la constitución económica de la América colonial, donde la única fuente de riqueza es el indio: esclavo, siervo, vasallo, pupilo. Siempre el indio; cuando escasea, los conquistadores lo reemplazan con el africano, con el “oro negro”. En suma, el trabajo esclavo es el elemento básico del régimen económico colonial. Para el hombre libre, peninsular o hijo de peninsulares, el trabajo equivalía “a un delito penado por la ley”...

La *emancipación sud americana* fué, en primer término, la apertura de estas regiones al comercio del mundo; su primera consecuencia fué un desborde o invasión de riqueza comercial europea en el nuevo mercado. Ese período de prosperidad fué seguido de una crisis, porque en la posibilidad de la riqueza estaba implicada la posibilidad de la crisis.

Abierta al comercio del mundo la más rica parte de América, por una revolución fundada en la libertad de trato y de comercio con todas las naciones, produjo naturalmente las más grandes expansiones y determinó un movimiento de confianza, que se tradujo en empresas europeas de todo género en el continente ofrecido a sus especulaciones: empréstitos, com-

(1) Cap. III, § I.

pañías mineras, bancos, casas comerciales, etc. La falta de gobierno y de paz produjo muy luego el fracaso de todas esas iniciativas, presentándose la primera crisis continental.

¿Por qué? La revolución, según Alberdi, fué un cambio económico exterior que no cambió la condición económica interior. El régimen interno seguía siendo, más o menos, el mismo de la época colonial.

La reacción “se distinguió por un espíritu de *restauración de los resabios coloniales*, contra toda clase de libre comunicación y estrechez con la Europa no española.

“Esa restauración del régimen colonial, concluido con la Independencia, tuvo por órganos ruidosos, durante muchos años, a Rosas en el Plata, a Santa Ana en Méjico, a los Monagas en Venezuela, cuyos gobiernos absorbieron su tiempo en disputas y guerras con las naciones comerciales de la Europa.

“La pobreza no fué crisis, sino estado normal de ese largo y triste período para Sud América, como en el antiguo régimen colonial, más o menos.

“La caída casi simultánea, de esos tiranos antieuropeístas, fué la señal de un nuevo período de prosperidad y riqueza, nacido de la afluencia de los capitales y de las poblaciones de la Europa, hacia el Río de la Plata, sobre todo.

“Los grandes y favorables cambios a Europa, que caracterizaron al movimiento contra Rosas y su sistema antieuropeísta en 1852, y en los años siguientes, fueron la causa del progreso, nunca visto, que se produjo en la situación general de ese país (1).

Estos son conceptos fundamentales en el pensamiento sociológico de Alberdi. Se repiten, reaparecen, como si la historia de las crisis fuese el pretexto para hacer una filosofía de la historia americana. En la introducción anunciaba esas dos ideas: 1.ª “El orden económico de Rosas había sido una restauración reaccionaria contra el nuevo régimen de libertad formulado en 1810 por el doctor Moreno”; 2.ª “La revolución contra Rosas no fué, en el fondo, sino un cambio esencialmente económico. Baste decir que tuvo por objeto el comercio, la navegación, las aduanas, el tesoro, la deuda pública, etc.” (2).

La autonomía económica era la base del poder omnímodo de Buenos Aires; esa autonomía dependía de la Aduana y del régimen económico consiguiente a su posesión. Por la Aduana riñeron las provincias con Buenos Aires y ésta se apartó de ellas en la época de Rivadavia. Con la Aduana se hizo fuerte Rosas y sostuvo su dictadura. Por la Aduana lucharon

(1) Cap. IV, § I.

(2) Introducción, pág. 6.

las provincias contra Rosas en 52, para poner en manos de la nación la llave que retenía Buenos Aires. Y por conservar la Aduana separóse nuevamente Buenos Aires de la Confederación, en franca disputa de un privilegio económico. Esta es la interpretación económica que da Alberdi de la historia política argentina y no es necesario insistir en que la palabra Aduana tiene un valor simbólico, representativo de todo un sistema.

“La Constitución Argentina de Mayo de 1853 es el manifiesto de la revolución liberal, contra el régimen económico que prevaleció en Buenos Aires bajo Rosas, hasta 1852; y la reforma de esa Constitución, con todos los precedentes que la produjeron en 1860, es el manifiesto de la reacción, que repuso las cosas económicas del país en el estado de crisis en que habían vivido bajo Rosas....”

“No hay más que leer las dos Constituciones, para ver que las dos tuvieron por carácter principal y dominante, la causa de los intereses económicos del país, entendidos y servidos de dos modos opuestos: el uno liberal y moderno, el otro monopolista y retrógrado” (1).

Es evidente que, en este punto, Alberdi acomoda un poco su teoría a los acontecimientos, llevándola hasta el extremo que mejor satisface sus pasiones partidistas. Aceptar su opinión, en ese detalle, no es posible; lo importante es señalar el criterio que introduce en la apreciación de los hechos.

“Esa reacción—agrega—contra el régimen liberal iniciado el 3 de Febrero de 1852, empezó el 11 de Septiembre de ese mismo año, y su teatro no podía ser otro que el que había servido de cuartel general, por largos años, al sistema económico de Rosas.

“La vieja lucha recomenzó desde entonces, no ya entre Rosas y sus opositores, sino entre el régimen económico de Buenos Aires, a que sirvió Rosas, y el nuevo régimen liberal iniciado el 3 de Febrero por los vencedores de Rosas, el cual no fué otra cosa que el orden bien entendido del interés nacional”. Su aplicación de la doctrina es rigurosamente lógica, aunque es controvertible la exactitud.

Sostiene que a Rosas, el poder omnímoto no le venía de la ley escrita, no residía en el papel, no databa de Abril de 1835; esa ley, al contrario, era el efecto y la expresión del hecho vivo y real, pues el poder omnímoto estaba implícito en la condición y manera de ser económica del país. “Esa condición se caracterizaba por los siguientes hechos, que aún subsisten: la absorción del movimiento aduanero de toda la nación en el puerto de Buenos Aires, que a ese título absorbía la contribu-

(1) Introducción.

ción de aduana, que forma el tesoro nacional; la absorción del crédito público de toda la nación, que tiene por gaje y garantía las entradas de la aduana nacional; el Banco de la Provincia, oficina de su tesoro provincial, por medio de la cual usa del crédito que la nación le garantiza y que es en realidad de la nación, para levantar ese empréstito interior que contrae por las emisiones de su papel de deuda pública llamado papel moneda; la integridad provincial de Buenos Aires, que hace a su gobierno local dueño del puerto de Buenos Aires, de la Aduana dicha de Buenos Aires, del crédito dicho de Buenos Aires, del Banco dicho de Buenos Aires, y residencia obligada de los gobiernos nacionales sin ser capital de la nación, sin estar gobernada por sus presidentes de un modo exclusivo, directo, local, como quisiera la Constitución vigente.

“Todos estos hechos existen en el día. Nótese bien, yo digo hechos, yo hablo de hechos, no de palabras. Yo sé que de palabra todos esos hechos están abolidos. Pero, si los hechos no existieran hoy cubiertos por las palabras, que los niegan, no darían hoy los resultados que antes dieron y que darán siempre” (1).

Esas reflexiones incontrovertibles, por lo menos en su esencia, le sirven de base para deducciones políticas evidentemente inexactas. Pretende, por ejemplo, que en 1874 se ha restaurado un cierto número de hechos capitales, pertenecientes a la política económica de Rosas, cuyo distintivo había sido el Banco de Estado y el papel moneda inconvertible. Pero notando que el paralelo no podría ser aceptado sin una tolerancia excesiva, se corrige en medida tal que permita mantener el concepto: “La restauración se oculta bajo el brillo de los progresos que produjeron los cambios de 1810 y 1852, y que han quedado subsistentes en gran parte. El progreso es demasiado poderoso para que la restauración del atraso haya sido absoluta y completa. Es, más bien que una restauración, una semi-restauración del pasado económico colonial y rosista. De ahí que la pobreza se renueva esta vez acompañada de adelantos, que hacen desconocer o equivocar su origen y naturaleza” (2).

En su aspecto político, las causas de la crisis del 74 se ven reforzadas por el régimen de gobierno antiunitario y por la falta de una ciudad capital para la nación. “Un país, por rico que sea, puede tener entradas para mantener un solo gobierno, pero no para sostener quince gobiernos a la vez”; lo que necesita es uno solo y eficaz, sin el cual la riqueza del país no puede existir, como no puede desaparecer la pobreza mientras

(1) Cap. V, pág. 213.

(2) Cap. V, § VIII.

existan quince que no sirven. A pesar de ésto no se inclina Alberdi al unitarismo; lo que le preocupa es que el poder nacional no se vea convertido en satélite del poder provincial que lo hospeda. Y como un gobierno efectivo no puede existir en la República Argentina mientras le falte una capital para su residencia, con la autoridad inmediata, exclusiva y local que en ella le asigna la Constitución Nacional, Alberdi encuentra que un medio de atenuar o resolver la crisis sería la *federalización de Buenos Aires, capital predestinada por la historia y por la geografía del país*. Es decir: Buenos Aires con su puerto, su aduana, su banco, su crédito, etc. Porque eso, y no otra cosa, es lo que se disputa desde la época de Rivadavia.

Alberdi no lo oculta. "La división política entre federales y unitarios, entre Buenos Aires y las provincias, que ha llenado la vida moderna de ese país, es una mera cuestión de aduanas, en que sus habitantes disfrutaban el producto de esa contribución, que las provincias todas pagan en el puerto de Buenos Aires, y por cuya razón geográfica pretende Buenos Aires apropiárselo en virtud del sistema federal, entendido como división y autonomía local, para lo que es el goce de esa entrada fiscal, sin dividirlo con las demás".

Un extenso capítulo de los "Estudios Económicos" está dedicado al examen del régimen bancario argentino en esa época. Su lectura es de grande interés histórico; lógico es omitir aquí un comentario que sólo podría hacer quien tuviera competencia especial en cuestiones financieras.

Los efectos de la crisis en el Plata, estudiados por Alberdi en 1874, son los mismos que hoy contemplamos como consecuencia de la crisis universal determinada por la guerra que comenzó en los Balcanes. Las páginas que le consagra parecen escritas en esta hora. "Ni la guerra, ni la revolución, ni la peste, son más temibles, por sus efectos desastrosos en el país, que lo es una crisis económica, por la simple razón de que ninguna de esas calamidades tiene más poder que una crisis para empobrecer y aminorar la fortuna del país y de sus habitantes, reducir a nada el valor de sus propiedades, alejar el dinero, suprimir el crédito, traer la insolvencia, el descrédito, el desorden en el país y en el gobierno, paralizar las entradas o ganancias y los gastos o goces de cada uno, disminuir la exportación de los frutos del país y la entrada de las mercancías europeas, disminuir las entradas de aduana, el crédito y valor de los fondos públicos, la población del país y la suspensión de toda su vitalidad y

progreso.—Lo hemos visto en la última crisis.—Ella ha costado al país doscientos millones de duros, cuatro veces más que costó la guerra de la independencia; más hombres perdidos para el trabajo, es decir, reemigrados del país, que los perdidos en muchas guerras; las propiedades depreciadas hasta no valer nada; miles de casas cerradas por falta de habitantes; centenares de casas de comercio fallidas y cerradas; etc." (1). Ese es el cuadro que periódicamente se repite: la moneda se va, el crédito se contrae, el comercio cesa de funcionar, la crisis estalla y preocupa al país que poco antes era teatro de la más grande opulencia y prosperidad. ¿Por qué se va el dinero? ¿Qué causa disminuye y contrae el crédito? ¿Es una causa económica, como la enfermedad, o es una causa política? Las dos cosas. "Se ha usado y se ha abusado mucho del crédito, es decir, del dinero ajeno tomado a préstamo. ¿Por quiénes? Por todos: por los gobiernos, por los bancos, por las compañías, por los particulares. Todos han tomado prestado con demasía y han prestado con exceso para empresas y especulaciones, para lujo y obras públicas". Pendientes las obligaciones contraídas, ha venido un cambio desfavorable en la balanza del comercio exterior.

Para seguir a Alberdi en la enumeración de los remedios de las crisis, es indispensable leerlo. Su obra, más que un libro de economía política, es un programa de política económica, una obra de ciencia aplicada al arte de gobernar naciones.

#### V.—SIGNIFICACIÓN MORAL DE LA POLÍTICA ECONÓMICA

Merece detener nuestro comentario la fase moral y educativa de las ideas sociológicas de Alberdi, puesto que esa es, en primer término, la finalidad esencial de todos sus escritos.

Alberdi pone como base de la civilización de los pueblos *la moral del trabajo*; todo lo que signifique éxito o lucro sin trabajo, le parece una inmoralidad. Vivir sin trabajar, la más grande de todas. La incapacidad de trabajar, es la causa de la miseria. El desprecio al trabajo, la más torpe de las degeneraciones. Los países americanos en que persiste la pereza colonial, viven vendiendo retazos de su suelo a los europeos capaces de trabajarlos. Los hombres que consideran el trabajo como una vergüenza, van rodando a la miseria material y moral, persiguen empleos, medran de la política, juegan, estafan, se degradan... ¡todo, menos trabajar!, conforme al antiguo penacho del hidalgo español.

(1) Cap. VII, § I.

Cuando estudian, prefieren las cosas inútiles a las de aplicación provechosa, pues aplicarse a cosas de provecho implica la vergüenza de trabajar. Alberdi se indigna contra las preocupaciones españolas que inducen a su progenie americana a morir de hambre con los brazos cruzados; repite siempre que la peor de las pobreza es la pobreza que dice estar satisfecha y orgullosa de serlo, la que hace gala de su debilidad, la pobreza de la novela picaresca, inclinada a sugerir que todo país pobre es sabio e idealista y todo país rico es ignorante y chabacano.

Ese criterio, muy entretenido para bordar disquisiciones literarias, parécele a Alberdi simplemente delictuoso; su propaganda, criminal. La civilización tiene exponentes materiales inequívocos: obras públicas en los estados y comfortable higiene en los individuos.

El dilema es sencillo: los sudamericanos deseamos constituir naciones civilizadas, o aspiramos a disolverlas y volver cada uno a la vida primitiva de las selvas. Si lo segundo, no tendríamos derecho de opinar sobre asuntos que interesan a la sociedad; si lo primero, no podemos hacer literatura imaginativa sobre tópicos que exigen esos conocimientos metódicos que constituyen las ciencias.

En este sentido—y en ningún otro—Alberdi ha escrito las páginas crueles contra la instrucción papelista, verbalista, retórica y literaria que—hasta esa época, 1874—predominaba en toda la América. Antes de la independencia sólo podía estudiarse para ser clérigo y después únicamente para ser abogado; se hacían versos malos hasta los treinta años y luego se perseguía una diputación para hacer discursos, malos también, generalmente. La instrucción, reservada, por otra parte, como un lujo, a una pequeña minoría de predestinados a vivir de la política y a medrar de las revoluciones, no había dado a la nación un gran poeta ni un gran sabio. Los que vinieron poco después—Andrade y Ameghino—no fueron productos de aquella enseñanza envenenada en sus raíces por el escolasticismo colonial.

Estos antecedentes son indispensables para comprender la arremetida de Alberdi, al sostener que *la instrucción palabrística es la antítesis de la educación americana*. Su distingo no es verbal ni retórico, como el que acostumbran formular en nombre del fanatismo religioso los enemigos de la instrucción pública liberal. La distinción que hace Alberdi es profunda. ¿En qué dirección, con qué propósito y miras debe ser educado el pueblo de Sud América? No hay más que uno, contesta: la civilización. ¿Cuáles son, en qué consisten actualmente los primordiales intereses de la civilización en esta parte del mundo? En hablarla de hombres de razas europeas que eleven a la ma-

yor altura su bienestar material, sus ideales morales y su cultura intelectual.

Lo que Alberdi sostiene es la necesidad de no olvidar, en Sud América, que primero es vivir y después filosofar. Le parece inútil abrir escuelas donde no haya niños que las frecuenten, ni caminos para llegar hasta ellas, ni casas en que instalarlas, ni puertos por donde introducir los útiles escolares, es decir donde no haya comienzos de civilización. Y estos comienzos nacen del trabajo, deber social que naturalmente precede a la cultura y la hace posible.

“Sin duda que las ciencias y las letras son el complemento de una civilización real y verdadera; pero si ellas la completan y coronan, otros elementos la principian y le sirven como puntos de partida. Estos elementos son, en la naciente civilización de la América del Sud, las industrias que por su edad y condición están llamadas al presente a introducir y establecer en ella las poblaciones y capitales del mundo más civilizado, para fomentar la producción de las riquezas que su suelo contiene en germen, con cuyos productos compra los artefactos de la Europa industrial para hacer la misma vida civilizada que lleva la Europa, sin estar a su altura en la industria fabril, en las ciencias y las letras. Esas industrias, como lo hemos dicho ya, son el comercio, la agricultura, la cría de ganado y en general todos los objetos que tienen por objeto hacer producir al suelo las riquezas de que es capaz, y comprar con ellas al extranjero más civilizado lo que no se sabe producir” (1).

Es, pues, una *educación para el trabajo* la primera que Alberdi exige en los países pobres que viven en suelo rico, y que sólo pueden salir de la pobreza trabajando. Lo que Sud América requiere, a su juicio, es un nuevo género de vida social, nueva conducta, nuevos usos, nuevas costumbres, nuevo modo de emplear su tiempo, y estos cambios y novedades no pueden obtenerse por lecciones en el papel y doctrinas en la cátedra, sino por las lecciones del trabajo mismo y la experiencia de la vida en un ambiente renovado por otra moral.

De la instrucción propiamente dicha, natural era que prefiriese las direcciones más útiles para la civilización: las ciencias de la naturaleza, las escuelas técnicas, las artes de aplicación a la vida social. Llegó a sostener, con evidente exageración, la inutilidad de la educación literaria en países que aún no poseen educación científica, atribuyendo a los literatos una influencia nociva en la dirección de las ideas nacionales (2). El, que escribía ya como hombre de ciencia, no debió olvidar que había comenzado por serlo de letras, y que, de igual ma-

(1) Cap. VIII, § X.

(2) Cap. VIII, § XI.

nera, el pensamiento literario precede al científico en la civilización de las naciones, como la flor al fruto, por la razón natural de que aquél es propio de la juventud y éste de la madurez.

\*

Hay otro aspecto moral, en todas las obras escritas por Alberdi en esa época, que no podría olvidarse sin dejar incompleta la exposición de sus doctrinas. Uno de los males más grandes que han arreciado sobre la América ha sido el culto de las glorias militares, en que se mezclan ilustres capitanes y gauchos bárbaros, héroes de la independencia nacional y delincuentes de la guerra civil, virtuosos patriotas y matones desvergonzados. Esa dirección impresa a los ideales sudamericanos tuvo por efecto una mayor frecuencia de las revoluciones y de las guerras, entre las naciones, entre las provincias, entre las ciudades, entre las facciones, entre las familias; contra esa educación militarista pronuncia Alberdi palabras apocalípticas, viendo en el culto de los entorchados y de las glorias homicidas la más grave de todas nuestras desgracias morales. Reconoce que es propia de naciones primitivas; pero afirma que el ideal es salir de ese estado y convertirse en naciones civilizadas: "la América del Sud ha echado el ancla en la edad de los héroes y de las guerras épicas; debe dejarlos reposar tranquilos en los altares de la gloria, a la sombra de sus laureles, sin pretender resucitarlos; los héroes son semidioses, colosos, seres superiores al nivel común de la raza humana; no hay sociedad que se componga de esos monstruos de grandeza y de gloria; sería la burla y el desprecio del mundo la sociedad sudamericana si toda ella se compusiera de generales heroicos (1)". Considera inmorales a los que en vez de educar a las masas incultas, halagan sus pasiones, mendigando el éxito material y moral con escritos y discursos encaminados a fomentar esa idolatría del sable: "Tales vidas no son útiles sino al crédito de los biógrafos. Ellos viven de la gloria de sus héroes, como los autores místicos de la gloria de sus santos. Es un mero comercio, como el de fabricar imágenes de santos: compatible con el olvido de la moral religiosa que ellos enseñan" (2). La fuerza de las grandes naciones está en el nivel de civilización que han alcanzado, más que en el quiotismo belicoso de sus tribunos y caudillos; y como las naciones necesitan el estado de paz para civilizarse, debemos luchar contra los pronunciamientos, los motines, las revoluciones y las guerras civiles, que mantienen a la América en estado de guerra permanente.

(1) Cap. II, § VIII.

(2) Cap. I, § VIII.

Estas nobles ideas pacifistas fueron una de sus más constantes preocupaciones; fruto de ellas fué su ingenioso alegato, "El crimen de la guerra" (1), que forma el volumen más leído de todas sus obras póstumas. De todo él se desprende una violenta condenación de la guerra y del militarismo, cuya consecuencia ética podría sintetizarse en esta fórmula: *los gobiernos americanos deben ser administraciones civiles y no cacicazgos militares*; que tiene el siguiente complemento: *los pueblos americanos deben ser educados en los ideales de la Paz.*

\*

Como economista y sociólogo, Alberdi, después de las "Bases", crece en los "Estudios Económicos", por más que esta obra no tenga el valor político y representativo de aquella.

En su madurez, *Alberdi es un hombre de ciencia*; sólo puede ser juzgado y estimado por hombres de ciencia. Su criterio y su método son la antítesis del criterio y del método literarios. Su mayor preocupación fueron los estudios sociales, imponiéndoles un sello de constante argentinidad; precursor, en cierto modo, del "economismo histórico", fué en realidad un sociólogo militante, un verdadero pragmatista; en sus escritos aparece por vez primera en las letras argentinas la palabra "sociología", y comprendió en toda su magnitud la significación de esta ciencia frente a la historia y la política. En sus obras, que todo argentino culto debe conocer y amar, escudriñó los orígenes y los cimientos económicos de la nacionalidad. En ese sentido sus escritos son originalmente creadores, fruto exclusivo de su admirable aptitud para la observación del ambiente que estudiaba. No fué igualado hasta nuestros días, y muchas de sus producciones conservan el mismo interés que en la época de su publicación. Ha hecho escuela.

El 80 triunfaron en la vida política argentina las ideas y los ideales definidos por Alberdi en las "Bases". Los hechos demostraron que la ciencia es un instrumento de previsión; cumpliése todo lo que Alberdi previó. "Sus ideas inspiraron a uno de los más ilustres presidentes argentinos, el general Roca. La concordancia entre sus conceptos y tendencias, y las dominantes hoy en el país es tan perfecta, que se podría escribir la psicología social argentina contemporánea con solo el libro de "Las Bases" (2). Se puede simpatizar o no con sus tendencias, compartir o rechazar sus pasiones, anhelar

(1) Vol. II de sus "Escritos Póstumos", reeditado en 1915.

(2) J. A. García: "Notas sobre Alberdi". (Anales de la Facultad de Derecho, 1911, pág. 568).

o temer lo que fluye de sus doctrinas; esas actitudes son personales y carecen de significación sociológica. Si la sociología es una ciencia, sus resultados deben ser impersonales, como interpretación del pasado y como previsión del porvenir. Hoy, que se ha estudiado el pasado argentino, la historia parece más bien una evolución de grandes intereses que un desfile de brillantes generales; hoy, después de medio siglo, vemos que la formación de la nacionalidad argentina se ha producido conforme a los pronósticos de Alberdi. Si hubo un hombre de ciencia en su tiempo, fué él; ningún homenaje de admiración será excesivo para quien, por serlo, tanto sufrió en su vida batalladora.

No en vano en sus horas de angustioso destierro, mientras asistía al triunfo de sus adversarios, escribió estas palabras proféticas que ponían las glorias del pensamiento y de la ciencia más altas que los éxitos de la política y del sable:

“Los pueblos son los árbitros de la gloria: ellos la dispensan, no los reyes. La gloria no se hace por decretos; la gloria oficial es ridícula. La gloria popular, es la gloria por esencia. Luego los pueblos, con sólo el manejo de este talismán, tienen en su mano el gobierno de sus propios destinos”.

“Los nobles héroes de la ciencia, en lugar de los bárbaros héroes del sable. Los que extienden, ayudan, realizan, dignifican la vida; no los que la suprimen so pretexto de servirla. Los que cubren de alegría, de abundancia, de felicidad a las naciones; no los que las incendian, destruyen, empobrecen, entutan y sepultan”.

La posteridad ha correspondido generosamente a su confianza; el pueblo argentino le ha decretado una segura inmortalidad.

JOSE INGENIEROS.

## ADVERTENCIA DE LA 1.ª EDICIÓN

“Estudios económicos”; “El crimen de la guerra”; “Estudios sobre derecho internacional”; “Del gobierno: sus formas, sus fines y sus medios en Sud América”; “Ensayos sobre la sociedad, los hombres y las cosas de Sud América”; “Notas sobre América”; “Apuntes biográficos”. Tales son los títulos de los principales trabajos inéditos que han quedado del doctor Alberdi.

En el presente volumen, con que iniciamos la publicación de esos escritos, como en los que le sucederán, hemos reproducido textualmente los originales, con los errores propios de notas sentadas a la ligera, para ser utilizadas en su oportunidad después de modificadas, depuradas, etc., como lo habría hecho sin duda el autor.

Esto hace comprender que el libro habría salido de sus manos un tanto diferente; fuera de que estos estudios debieron tener mucha mayor extensión, según el plan y a juzgar por el acopio de datos estadísticos y otros materiales que hemos creído poder eliminar, por cuanto en los más de ellos están apenas esbozadas las consideraciones que debían acompañarlos y darles un sentido.

Así, tarea pueril sería la del que en estas notas se entretuviera en buscar lunares que, si se encuentran en toda obra humana, deben con doble razón hallarse en trabajos que no son más que los elementos o materiales que, seleccionados, corregidos y ordenados por el autor, estaban destinados a servir a la confección de sus libros proyectados, que han quedado *embrionarios e inacabados*, como lo hace notar él mismo en la cubierta de sus “Estudios económicos”.

¿Tienen ellos un valor? El público inteligente, a quien están destinados, lo dirá, y — por más que, según la frase de Voltaire, no se crea obligado a “admirarlo todo en un autor estimado” — no dejará de notar, lo esperamos, todo lo que encierran de útil y de oportuno en estos momentos, tan distantes de aquellos que los motivaron.

No se nos oculta que hiriendo estos escritos, en muchos casos, intereses, pasiones y preocupaciones que no se han extinguido todavía, no han de faltar lectores prevenidos que, para menguar su mérito, se complazcan en señalar defectos de forma, estilo, redundancias, contradicciones, etc.

En todo caso, bueno es recordar que la responsabilidad de esos defectos recae sobre el editor, que no supo hacer el *traje* de los materiales que emprendió la tarea de ordenar y dar a luz.

Bastaría alegar, para descargo de su conciencia y por vía de excusa, que no sintiéndose autorizado, según su entender, ni con la competencia necesaria para imponerle su colaboración al autor, terminándole sus libros, ha creído deber limitarse a ordenar, ajustándose en lo posible al plan que él dejó formulado, sus preciosas notas, en las que, evidentemente, sólo se contrajo a consignar la idea, sin ocuparse por el momento de la forma y de su desarrollo.

En cuanto a las repeticiones, que el lector notará, la única razón capaz de justificar, no al autor que no ha podido remediarlas, sino al editor que no se ha creído autorizado a suprimirlas, es que, si hay cosas que nunca se repetirán demasiado, son muy principalmente las que tienen por objeto criticar los extravíos económicos que se observan en la práctica, con tan lamentables consecuencias para el país.

Después, todo eso, aún lo que pudiera creerse extemporáneo, es la historia y la explicación filosófica de hechos olvidados de muchos de la generación pasada e ignorados de no pocos de la generación presente.

Nos hemos, por lo tanto, abstenido de tales supresiones.

Al fin y al cabo lo que se publica no es la obra de un escritor contemporáneo que se considere uno en el deber de adaptar en un todo a la actualidad, sino escritos que necesariamente deben tener el carácter de la época en que se hicieron.

EL EDITOR

## INTRODUCCIÓN

### § I

La América del Sud está ocupada por pueblos pobres que habitan suelo rico, al revés de la Europa, ocupada, en su mayor parte, por pueblos ricos que habitan suelo pobre.

El estudio de las causas que hacen pobres a los sudamericanos y ricos a los europeos, forman el doble estudio de que se compone la economía política, que, según Adam Smith, es no solamente la ciencia de la riqueza, sino también la ciencia de la pobreza: dos situaciones opuestas que tienen causas naturales correlativas, como las tienen la salud y la enfermedad del cuerpo humano.

La medicina es la ciencia de la salud, primero que la ciencia de la enfermedad.

Las palabras *crisis*, *remedio*, *contracción*, *revolución*, *plétera* son términos de medicina, usados en la economía en virtud de la analogía entre el cuerpo social y el cuerpo humano.

El médico es llamado para dar salud, y sólo con ese motivo estudia la enfermedad, pues no puede dar la salud sin remover la enfermedad; y para suprimir ésta necesita conocer y reconocer las causas que la han producido.

Del mismo modo estudia la economía política las causas de la pobreza para remediarla y las causas de la riqueza para desarrollarla y mantenerla.

Dividido, naturalmente, ese estudio según la situación de los pueblos, se puede decir que la economía en Sud América es la ciencia que estudia la pobreza, como en Europa es el estudio de la riqueza, para satisfacer a la necesidad que América tiene de salir de su estado de pobreza y la que tiene Europa de conservar y agrandar su riqueza adquirida.

La pobreza en Sud América no es una crisis. Es un hecho secular, hereditario, codificado y encarnado en usos que viven y gobiernan la vida actual, no obstante estar condenados a muerte.